

# Capítulo 17

## FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



*HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA*

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel  
Telefax: 460-0872  
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000  
500 ejemplares  
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715  
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch  
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

## Mi amigo Félix Denegri

JORGE GUMUCIO GRANIER

Conocía de referencia al historiador Félix Denegri Luna por su labor de investigación y acopio de material histórico valioso, además de saber que por muchos años presidía la Academia Nacional de la Historia del Perú.

Cuando me desempeñaba como secretario general de la Cancillería boliviana recibí en algún momento de 1988 un llamado telefónico del presidente Víctor Paz Estenssoro, quien me dijo: «Jorge, en este momento va a su despacho un abogado peruano que se llama Félix Denegri, es un amigo mío y de Bolivia, atiéndalo». De esa manera conocí personalmente a Félix y de inmediato iniciamos una relación de interés profesional mutuo en cuanto a temas históricos y publicaciones.

En octubre de 1989 inicié mis labores como director del Centro Regional de las Naciones Unidas para la Paz, el Desarme y el Desarrollo para América Latina y el Caribe, con sede en la ciudad de Lima. Una de las primeras personalidades peruanas a quien visité fue a Félix, quien me brindó una estrecha amistad; no solo me abrió las puertas de su selecta biblioteca, sino que también me confirió el honor de alternar en su círculo íntimo y familiar.

Fueron innumerables los sábados o domingos de tertulia, ocasiones en las que pasamos revista a diferentes temas históricos que en unos casos unían al Perú y Bolivia y en otros, todavía, parecían no estar resueltos y producían resquemores. Félix no perdonaba a los Borbones la escisión del Virreinato del Perú en 1776. Para él la administración monárquica sembró la división entre Lima y Charcas, y no Bolívar; por ello, Félix fue un ferviente bolivariano. En ese contexto, Félix resentía la interpretación de la invasión de Gamarra de 1828 puesto que para él solo constituía parte de un proceso no resuelto de separación. En otras palabras, decía que era una guerra civil y en esa misma dirección interpretaba el significado de Ingavi.

El pensamiento y la obra del mariscal Santa Cruz fueron un reflejo de las aspiraciones de Félix y el fracaso de la Confederación Perú-Boliviana fue la oportunidad perdida. En ese sentido, el gobierno peruano hizo justicia cuando confirió a Félix en 1992 la presidencia del capítulo peruano de la comisión binacional encargada de la celebración del Bicentenario del Nacimiento del Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz. Como parte de los homenajes a Santa Cruz en el Perú, Félix consiguió los arreglos y la colocación de mojones de señalización en la avenida Mariscal Santa Cruz, que atraviesa los distritos capitalinos de Miraflores y San Isidro, e inspiró la colocación de sendas estelas con el rostro del Gran Mariscal, donadas por el gobierno boliviano, en ambos extremos de esa avenida.

Hablamos largo y detenidamente sobre el infortunio de nuestros dos pueblos por la guerra del Pacífico. Para Félix estaba claro que la batalla del Campo de la Alianza (Tacna, 26 mayo de 1880) obligó a Bolivia a replegarse al altiplano no sin haber demostrado su heroico valor y agotado su armamento. Asimismo, Félix insistía en que previo al Tratado de Ancón el Perú pidió al presidente chileno Santa María en 1883, mediante Lavalle, la concurrencia de Bolivia a la conferencia de paz, lo que no fue aceptado por Chile y obligó al Perú a suscribir ese tratado ignorando a Bolivia. Ambos puntos de preocupación los plasmó Félix en su prólogo a la tercera edición del libro de José Antonio Lavalle *Mi misión en Chile en 1879*, publicado en Lima en 1994. Félix era un ferviente partidario de olvidar la pesadilla de la guerra del Pacífico y creía que los tres países involucrados en ella estaban condenados a construir un futuro común; reconocía que para ello la mediterraneidad de Bolivia era un escollo complejo que se debería superar. Para fundamentar esa relación se debería indagar e investigar en profundidad los hechos históricos entre Perú y Chile, Perú y Bolivia así como entre Bolivia y Chile. Él decidió acometer primero su trabajo sobre Chile, una vez concluido su monumental trabajo sobre Perú-Ecuador. El destino no se lo permitió y nos quedamos sin conocer sus aportes de investigación sobre el difícil pero importante vecino del Perú y Bolivia.

Aparte de su labor histórica, Félix, aunque nunca como funcionario del Estado peruano, estuvo siempre interesado en promocionar y colaborar al estrechamiento de las relaciones diplomáticas y económicas entre el Perú y Bolivia. El puente internacional del Desaguadero fue en la década de los sesenta una preocupación y resultado positivo de sus desvelos. El gobierno boliviano en ese entonces lo distinguió con la Orden del Cóndor de los Andes y treinta años más tarde tuve el privilegio de personalmente otorgarle la Orden de Libertador Simón Bolívar, con la que mi gobierno reconocía una vez más la amistad de Félix por Bolivia.

Quiso el destino que Alfonso Crespo, historiador boliviano residente en Ginebra y amigo de Félix, estuviera de paso por Lima y visitáramos juntos a Félix,

en horas de la noche, un poco tarde, justamente en la víspera de su viaje a Quito. Compartimos con Alfonso la alegría de Félix por los acuerdos entre el Perú y Ecuador; nos referimos a que Félix finalmente llegó a La Paz en 1996 como embajador en misión, para explicar al gobierno boliviano la posición del Perú en el contencioso con Ecuador y disfrutamos de las anécdotas de su viaje a Brasilia donde testimonió la suscripción de los acuerdos de paz. Al día siguiente Félix me llamó desde el aeropuerto y me agradeció por la confianza de llevar a Alfonso a su casa sin previa cita, no obstante el apuro para embarcarse en el avión que lo llevaría a Quito. Félix me expresó con fino humor, característico en él, una vez más y tal vez como premonición, sus sentimientos de amistad.

Félix, mi mejor amigo peruano, no se ha ido: lo tengo presente en la memoria, en los libros, en el cariño de Maricucha y de sus hijos; en fin, en los recuerdos de mi paso por el Perú.